

Folleto de «EL LABARO»

PÁGINAS BREVES

¡FRUTOS AMARGOS!!!

POR

MARÍA DEL CARMEN NÚÑEZ RODRÍGUEZ

SALAMANCA

Imprenta de Calatrava, á cargo de L. Rodriguez

Plazuela de Carvajal, número 5

—
1900

Boletín de EL TABARO.

PÁGINAS BREVES

INTERVENCIONES AMARGOSAS

MARIA DEL CARMEN RIVERA RODRIGUEZ

BALAZAGA

Imprenta de Calatayud a cargo de L. Rodríguez

1900



¡¡¡FRUTOS AMARGOS!!!

Era el año 1876. En una calle de apartado barrio, y ante una casa de humilde apariencia, paraba un lujoso carruaje. El lacayo habló un instante con la persona que iba dentro, y penetró en la casa, de la que volvió á salir á poco, acercándose de nuevo á la portezuela. Una joven y elegante dama bajó entonces, y subió por la estrecha escalera de la casa, seguida del lacayo que conducía varios paquetes. En el dintel de la habitación la aguardaba una joven modestamente vestida.

—Si la señora Condesa quiere hacerme e honor de entrar... dijo, saludando.

La dama entró sin decir nada. Mas apenas

la luz de la ventana iluminó de lleno el rostro de la joven, exclamó con sorpresa:

—¡María!

—¡Querida Julia! Perdonad... ¡Señora Condesa!

—Llámame como cuando estábamos en el colegio... Pero ¿cómo te encuentro aquí?

—Hace algún tiempo tuve que separarme de las buenas religiosas, á quienes todo se lo debo. Educada primero en la clase gratuita, pasé después con las señoritas internas para ayudar á enseñar el bordado, en el que, según decían, mostraba alguna habilidad.

—Allí te conocí. Y por cierto que siempre recuerdo tu paciencia de enseñarnos, y cuán buena y juiciosa eras, á pesar de ser tan niña como nosotras... A mí me sacaron pronto del colegio. Después me case con el conde de X, y tengo una niña preciosa: ya la verás. ¿Y tú?

—Yo tuve que salir del pensionado porque mi pobre madre ciega reclamaba mis cuidados. Las buenas Religiosas me proporcionaron labor, hasta que adquirí algunas relaciones, y, gracias á Dios, no me falta lo necesario para sostenerla.

—Ya veo que es justísima la fama que go-

zas de hábil bordadora, y me alegro doblemente de haber venido. Mira, se trata de bordar un vestido para el baile de trajes del próximo Carnaval. Voy á vestir de reina oriental, y en el bordado has de desplegar toda tu habilidad y buen gusto. El baile va á ser en mi casa; y quisiera que no se presentara ninguna tan rica y elegantemente prendida. Por supuesto que ha de estar concluído lo menos dos ó tres días antes del Carnaval, porque ese tiempo lo necesita la modista.

—Corto es el plazo, pero velaré. Perded cuidado.

—Pues aquí tienes gasa y terciopelo. ¿Qué te parecen?

—Riquísimos, y por mi parte procuraré que quede complacida la señora.

Y después de hablar de algunos otros detalles, Julia se despidió dejando las señas de su casa.

El día convenido, se presentaba María en el palacio de X, llevando una gran caja, y después de esperar largo rato fué introducida en el gabinete de la Condesa, verdadera maravilla de riqueza y de buen gusto.

Julia quedó satisfecha del trabajo.

—No esperaba menos de tí, dijo. Es lindísimo y de un efecto encantador; una verdadera obra de arte, y que parece imposible haya sido ejecutada en tan poco tiempo. En pago de tu esmero y puntualidad voy á enseñarte mis salones, que están ya decorados para el baile.

—¿Y la niña? objetó tímidamente María.

—¡Ah ¿la niña? Voy á mandar que la traigan.

A poco se presentó el aya llevando una preciosa niña de cuatro á cinco años. María la acarició.

—¿Qué te parece? dijo la Condesa. ¿Verdad que estará monísima en el baile vestida de mariposa?

—¿La niña? replicó María sorprendida.

—Sí, mujer. En el mundo, sobre todo en la sociedad que yo frecuento, no se acuestan las niñas como en el colegio, poco después de anochecer. El traje de mariposa es invención mía: estará muy graciosa.

—¡Es un ángel! contestó María acariciándola de nuevo.

—Vamos, deja ya esa muñeca, y ven á ver los salones.

María obedeció; pero á la niña costó trabajo alejarla.

Vieron los salones. María no trataba de disimular su asombro. Se paraba delante de cada objeto desconocido para ella, y preguntaba qué era y para qué servía; Julia, sonriendo, le decía su nombre y le explicaba su uso.

Acabaron por fin de verlo todo.

—Ya ves hija, dijo la Condesa; todo esto cuesta algunos millones... Pero ¿no te parece que mi traje, por su riqueza y originalidad, no desmerece del conjunto? Creo que ninguna ha de presentar otro igual.

—Así me parece, aunque mi voto vale poco. ¡Como nunca he visto un baile de máscaras...!

—¡Nunca! Pues ¿qué haces en Carnaval?

—Los ratos que mi trabajo me deja libres los consagro á la oración, para desagraviar al Señor de las ofensas que recibe en esos días.

Una expresión de altivo desdén pintóse en el rostro de la Condesa, que, sin hablar una palabra más, despidió á María con un frío saludo.

La joven salió confusa, sintiendo haber disgustado á Julia con su ingenua respuesta.

Por su parte, ésta decía, mirando á la puerta con desprecio:

—¡Estúpida! ¿Si creerá que soy aún una chiquilla del colegio y habrá querido darme una lección? ¡A todo se atreven estas fanáticas!...

.....

Pasaron dos años, durante los cuales María, consagrada por completo al trabajo y al cuidado de su madre, no había oído hablar más de la condesa de X.

Era la tarde del domingo de Piñata del año 1878. Todo respiraba tranquilidad en la habitación de María. La ventana daba á un patio solitario, y nada penetraba allí del ruido atronador de la calle.

La anciana ciega, sentada en cómodo sillón, pasaba lentamente las cuentas del rosario mientras recitaba las oraciones. Su hija, á su lado, contestaba, arreglando una caja de dibujos.

Un golpe seco y fuerte, dado á la puerta, vino á interrumpirlas.

—No abras sin ver quién es, dijo la anciana.

María fué á informarse.

—¿Vive aquí María la bordadora? preguntó un hombre.

—Sí, señor. ¿Qué se ofrece?

—Traigo esto para V.

Y entregó á María una tarjeta timbrada con corona condal. Una mano temblorosa había escrito en ella con lápiz: «Si quieres verme por última vez, ven, María, ven pronto.»

—¿Está enferma la señora Condesa? preguntó María al mensajero.

—Condesa... no sé si es Condesa; pero lo que es mala, sí, está muy mala, contestó aquel hombre con marcado acento asturiano.

La joven habló algunas palabras con su madre, echóse apresuradamente una mantilla, y siguió al criado.

En la calle numerosos grupos de máscaras gritaban con voz atiplada:

—¡Adiós...! ¡Adiós...! ¿Me conoces...? ¿Me conoces...?

Abriéndose paso entre el gentío, atravesaron muchas calles, y llegaron, por fin, á una estrecha callejuela de un barrio lejano, penetrando en una modestísima casa.

Bien pronto María se halló en una desmantelada habitación. En un ángulo había un po-

bre lecho ocupado por una enferma, y junto á él, una niña que lloraba. La voz de las máscaras penetraba allí, llegando hasta aquel lecho como un cruel sarcasmo.

—¡Adiós...! ¡Adiós...! ¿Me conoces...? ¿Me conoces...?

—¿Me conoces, María? repitió con amarga sonrisa la Condesa de X.

Difícil era reconocer á la joven y elegante Julia en aquella infeliz moribunda.

De aquella belleza, encanto y orgullo poco antes de tantos salones, quedaba sólo un pálido y horrible esqueleto.

—¡Querida Julia...! ¡señora Condesa...! ¿cómo os hallo aquí...?

—María, te he llamado porque me siento morir... y antes quería verte... Primero tengo que pedirte perdón...

—¡A mí, querida Julia! En nada me habéis ofendido nunca. Pero ¿cómo os encuentro aquí? ¿Qué ha sucedido?

—Aquel baile, cuyos salones viste, acabó de arruinar mi casa... Mi esposo, por no oponerse á mis locos dispendios, hacía tiempo que tomaba cantidades prestadas, cuyo plazo venció, al fin, sin poder satisfacerlas. No tuvo va-

lor para afrontar la deshonra, y se suicidó de un pistoletazo. Poco tiempo después embargaban cuanto había en la casa, y mi hija y yo salíamos de ella. Luego vino la miseria, en seguida la enfermedad.

Un golpe de tos seca, seguida de un vómito de sangre, interrumpió á Julia.

—¿Por qué no me habéis llamado antes? dijo sollozando María.

—Porque aún luchaba con mi orgullo... Además... siempre tenía esperanza. ¡Si antes hubiera conocido al mundo como lo conozco ahora! En mis largas noches de insomnio he aprendido á conocerle. De aquellas mujeres que se disputaban el honor de ser mis amigas, ni una, ni una sola! ha llegado á mi lecho de dolor á consolarme. Bajo fútiles pretextos, se han excusado todos aquellos de quienes he reclamado ayuda en nombre de su antigua amistad.

—Desechad esos recuerdos, querida Julia; pensad en Dios...

—¡En Dios...! pronto voy á comparecer en su presencia; pero no me perdonará, no, dijo la enferma con exaltación creciente. ¿Cómo ha de perdonarme, si yo precipité á mi esposo en aquel horrible crimen, labrando su desgracia

eterna, y dejó á mi hija por única herencia la miseria y la deshonra? ¡Yo, yo he causado la desdicha de los dos séres que tenía la misión de hacer felices...!

—¡Calmaos, Julia querida; calmaos! La misericordia de Dios es infinita, y todo lo perdona... La presencia de un sacerdote os haría mucho bien...

—Llámalo, pues, María, llámalo.... Hace mucho tiempo que no confieso...

María salió por un momento. Cuando volvió, la enferma padecía otro acceso de delirio.

—¡Allí está! ¡allí está...! decía señalando un mezquino armario que había en un rincón, pero ya no servirá á ninguna mujer.

—¿El qué, querida Julia?

—El traje de máscara, el vestido de reina oriental. Lo rompí ¿sabes? lo hice pedazos porque era el mundo acusador de mi vanidad... de mi insensato orgullo...

El ministro del Señor se presentó á poco. María lo dejó con la enferma. Cuando salió después de una hora, le preguntó si podría recibir el Viático.

—Hija mía, en un día como hoy no puede salir el Señor á la calle... Además la enferma

padece frecuentes vómitos de sangre que le impedirían recibirlo; pero ha hecho una buena confesión y está más tranquila. Entrad. Voy á disponer que traigan la Extremaunción, y no me separaré de aquí. Creo que la muerte se aproxima.

María entró. Su amiga estaba, en efecto, más tranquila.

—¡Cuánto te debo, querida María! le dijo: sólo un pensamiento desgarrá al presente mi corazón. Esta pobre huérfana que va á quedar sola en el mundo...

—Tranquilizaos, querida Julia; soy pobre, pero Dios multiplicará mis fuerzas, y nada le faltará á la niña.

—¡Gracias, hermana mía, gracias! ahora muero contenta. Tú serás para ella una madre mejor que yo misma... Enséñala á ser buena, humilde, modesta y laboriosa como tú, á que huya de la vanidad y á no querer sobresa-
tir en nada... Hazla sólidamente piadosa... Enséñala á orar... á orar para que Dios perdone á su pobre madre...

Julia no pudo continuar. Poco después recibía la Extremaunción y entraba en la agonía, repitiendo fervorosas jaculatorias.

Cuando, después de haber cerrado piadosamente los ojos de su amiga, salió María de aquella casa llevando de la mano a la pequeña Julia que lloraba, aún transitaban por las calles gran número de máscaras, gritando con voz destemplada y enronquecida:

—¡Adiós...! ¡Adiós...! ¿Me conoces...? ¿Me conoces...?

—¡Sí, murmuró María enjugándose una lágrima, sí, te conozco, mundo engañador! ¡Si antes no te hubiera conocido, acabaría hoy de conocerte presenciando la muerte de una de tus víctimas.

FIN



